ACTO SEGUNDO

Pasadizo cubierto entre la iglesia de San Juan y otro edificio antiguo destinado á cuartel y pabellones de oficialidad. Techo de bóveda, construcción de sólida arquitectura, con dos gruesos pilares románicos en la embocadura ó rompimiento. A la derecha, el pórtico de la iglesia, convertida en hospital. A la izquierda, una puerta pequeña que conduce á las viviendas de Berenguer, de San Valerio y Fabricio. En el pilar de la izquierda, un farol grande encendido.

Tras el rompimiento, una calle con paso practicable por uno y otro lado. Hacia la derecha, el palacio de la Regencia, del cual se ve un esquinazo.

Es de noche.

Al alzarse el telón, óyense vivas á la Regencia y al Rey absoluto.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SATURNA y CASTELL, que salen de la iglesia por el foro; después, MAGÍN, BONAIRE y FABRICIO; luego, SAN VALERIO

SATURNA. ¡Qué alboroto!

CASTELL. Entusiasmo, señora. Es la partida de Romagosa, que sale al campo.

SATURNA. ¡Dios mío! Ocho días de horrorosos combates. Y tantos heridos nos mandan acá, que ya no tenemos manos para socorrerlos, ni aun sitio donde colocarlos. (Magín, herido, entra por el foro, sostenido por Bonaire y Fabricio).

CASTELL. Aquí nos traen otro.

SATURNA. Magín... ¡pobre Magín! (Acudiendo á él). ¿Es grave? (Magín no contesta. Bonaire indica con un gesto que es herida grave). Todo sea por Dios... Ponedle aquí, hasta ver dónde podemos colocarle. (Le sientan en el banco).

CASTELL. En San Roque está todo lleno.

BONAIRE. ¿No podríamos acomodarle aquí, en el hospital de oficiales?

CASTELL. Ya no hay camas.

SATURNA. (Colocando al herido). Magín, ánimo. Tus heridas no serán cosa mayor.

MAGIN. (Tocándose el cuerpo). No sé... Dios me favorezca. (Quejándose). ¡Ay, ay!

SATURNA. (Al Oficial). Vaya usted á San Roque á ver si han llevado más heridos. Ni allá ni aquí faltarán camas. Nosotras, las damas ilustres de la casa de Tremp, dormiremos en el suelo para que los defensores del Rey absoluto tengan lecho cómodo. Vaya, vaya usted.

CASTELL. Al momento. (Vase).

SATURNA. (A Fabricio). ¿Y el señor de San Valerio? (Señalando á la izquierda).

FABRIC. Creo que está durmiendo.

SATURNA. Si despertara le suplicaría que me acompañase á casa con un par de hombres.

VALERIO. (Apareciendo en la puerta de la izquierda). Aquí está San Valerio, siempre á las órdenes de la ilustre señora.

SATURNA. Dios se lo premiará. (Vuélvese hacia Magín para darle ánimos).

FABRIC. (A San Valerio, pasando ambos á la izquierda). Iré yo, si quieres.

VALERIO. No; yo. Me interesa mucho conocer las interioridades de aquella vivienda. Ocúpate en pagar á esos lo convenido y en prevenir á todos... Sigilo y prudencia... calma, vigilante, ¿sabes? (Cuchichean un momento).

SATURNA. (A Magín). Un poco de paciencia, Magín, y te instalaremos holgadamente.

VALERIO. Cuando usted guste. (Fabricio se va por la izquierda).

SATURNA. Mucho le agradezco esta nueva prueba de su delicadeza y atención.

VALERIO. Señora... Militar y caballero es lo mismo. (La conduce por el foro, haciendo extremos de cortesía).

ESCENA II

BONAIRE y MAGÍN

BONAIRE. Bien, bien, Magín. Estás herido, gravemente herido. Puede que te mueras; puede que te salves... Y qué, ¿vamos ganando?

MAGIN. Sí. Pero el Rey, nuestro señor, acuérdate de lo que te digo... no recobrará su trono absoluto.

BONAIRE. ¿Por qué?

MAGIN. Porque lo que ganamos por las armas, lo quita la traición. Amigo Bonaire, créelo como Dios es nuestro padre: hay traidores en la plaza.

BONAIRE. ¿Qué me cuentas? ¿Tú sospechas?...

MAGIN. No sospecho; sé. Lo descubrimos anoche Mongat y yo.

BONAIRE. Mongat ha muerto.

MAGIN. Y á mí me falta poco. Oye: á ti te lo cuento, á ti solo. (Con sigilo). El tal San Valerio y el tal Fabricio son perros liberales de la piel de Robespierre maldito.

BONAIRE. (Con aspavientos de asombro). ¡Jesús!

MAGIN. ¿Quieres saber más? Los veintitantos hombres que entraron ayer, también vienen con las de Caín.

BONAIRE. ¡Por San Odón bendito!

MAGIN. Nada, que tenemos á Judas en casa.

BONAIRE. (Tomándole el pulso). Amigo Magín, tú tienes fiebre, y te ha entrado el delirio.

MAGIN. Ya me lo dirás cuando veas que se alzan con la plaza, pasando á cuchillo á toda la guarnición y personajes, desde los Regentes serenísimos al último furriel.

BONAIRE. ¡Abrete tierra y tráganos!

MAGIN. Milagro fué el descubrirlo... Oye... Mongat y yo hicimos nuestro dormitorio en la ermita de San Odón. Allí nos metimos. Entraron Fabricio y el otro, y creyéndose solos, hablaron...

BONAIRE. Ya... Pues todo eso lo soñásteis el pobre Mongat y tú...

MAGIN. (Perplejo). ¿Lo soñoríamos? ¿Crees tú que lo soñaríamos?

BONAIRE. Sin duda. Mongat no despertará más.

MAGIN. Y yo... ¿Estoy yo vivo, estoy despierto?

BONAIRE. Sí, sí; pero no estás en tus cabales, créeme á mí...

MAGIN. ¿Me habré yo muerto sin saberlo?

BONAIRE. Todavía, no. Pero para estar tranquilo debes imitarme; ser lo que yo soy...

MAGIN. Y tú, ¿qué eres?

BONAIRE. Filósofo.

MAGIN. ¿Pues no eres pastelero?

BONAIRE. Pero lo uno no quita lo otro. Puede haber en una pieza pasteles y filosofías. Dime tú, ¿para qué le sirve á uno la vida, esa gran bribona de la vida? Para sufrir, para rabiar, para que éste y el otro le mortifiquen á uno y le achicharren la sangre. (Magín cierra los ojos). Animo: voy á darte ahora un poquito de aguardiente. (Se lo sirve de una frasquera que lleva al cinto).

MAGIN. Esta filosofía sí que me gusta.

BONAIRE. (Destornillando la tapa que hace de vaso). ¡Verás qué rico!... Pues sí; convéncete de que el morirse uno es la única cosa buena que hay en la vida... ¿Qué tal te sientes ahora?

MAGIN. (Después de beber). Mejor. Parece que me vuelve la vida...

BONAIRE. ✡ ¡La vida! ¡Já, já!... Fíate de esa embustera sin vergüenza...

MAGIN. Digas tú lo que quieras, la muerte es muy fea...

BONAIRE. Todo es comparar, Magín. Yo te aseguro que el enemigo, disparándonos á quemarropa con cien fusiles, es más bonito que mi mujer.

MAGIN. ¡Hombre!

BONAIRE. Y que mi suegra es más horrorosa que una batería de cañones apuntando á nuestros pechos...

MAGIN. (Animándose). Pues mira... Ya soy otro... ✡

BONAIRE. No te fies.

MAGIN. ✡ Dame más. (Saboreando el aguardiente). ¡Qué rico! (Entonándose y poniéndose derecho). Nada; que yo estoy bien, pero muy bien.

BONAIRE. Ponte en lo peor, te digo... y acertarás. (Bebe otro poco). Yo te pregunto: ¿qué saca uno de vivir?

MAGIN. Y de morirte, ¿qué sacas?

BONAIRE. Pues saco... ahí es nada... No ver más la jeta de aquellas harpías feroces, ni oir sus chillidos broncos, ni recibir sus manotazos, estrujones y mordiscos... Saco el finiquito de cuentas con mis acreedores; saco el librarme de tanto pillo, de tanto necio, de aquel que me injuria, de estotro que me engaña... ¡De buena gana, te lo juro, me pondría yo en tu lugar; digo, que quisiera estar en tu pellejo! ¡Qué gusto morirse! Y como es en defensa de los santos principios, se va uno derechito á la gloria, donde no ve más que caras de ángeles graciosos y de serafines guapísimos.

MAGIN. Pues yo quiero vivir... (Animándose más). ¡Por San Odón! Yo quiero ver caras de personas mortales, aunque sean caras de traidores, que es lo que más aborrezco.

BONAIRE. (Cerrando la frasquera). ✡ Y á propósito, eso que has descubierto, ¿es verdad, ó no es verdad? yo no lo sé.

MAGIN. ✡ Tan verdad como que estamos aquí.

BONAIRE. ¡Qué tonto! ¿Y tú puedes asegurar que estamos aquí?... Sé filósofo, Magín amigo, y no afirmes nada tocante á la parecencia ó desaparecencia de las cosas, y di como yo que no sabemos si estamos aquí, ó en el otro mundo... ó en aquél... ó en el propio Limbo celeste ó acuático.

MAGIN. (Tocándose). No sé... pero lo que es muerto, á fe de Magín, que no lo estoy. ✡

BONAIRE. Vivas ó mueras, yo voy á darte un buen consejo.

MAGIN. A ver.

BONAIRE. De lo que oiste á San Valerio y á Fabricio no digas una palabra al General ni á nadie, porque te marearán á preguntas y no te dejarán descansar tranquilo... Como se te escape algo, en seguida empieza la indagatoria... y que declares y que jures... ¡Ay, pobre de ti entonces!

MAGIN. No; yo debo decir...

BONAIRE. Sigue mi consejo y no te metas en historias. Figúrate que ellos niegan, y no puedes probarlo... Pasarás por embustero calumniador... digo, ¿y si les da por vengarse de ti?

MAGIN. Voy creyendo que tienes razón.

BONAIRE. Ten por seguro que en esos dimes y diretes habrías de irritarte, encolerizarte... ¡Bonito negocio! Como que sin comerlo ni beberlo te morirías en pecado mortal.

MAGIN. Eso no, ¡voto va!

BONAIRE. Tú te callas, y muy agasajadito en tu cama de finas holandas, la cama de las señoras, perdonas á todo el mundo, y mientras llega el dulce trance, te cuidan las niñas bonitas del pueblo... y vengan calditos y vino blanco, y tal vez buenos tragos de aguardiente... Conque...

MAGIN. Y si me muero, ¿me callo también?

BONAIRE. ¡Hombre!

MAGIN. Quiero decirte...

BONAIRE. Comprendido. Después de muerto puedes hablar todo lo que quieras... Se lo cuentas á San Pedro y á...

MAGIN. Quiero decirte que en el caso de que me sienta moribundo... pues... si debo callar.

BONAIRE. Claro que sí... callar siempre, siempre...

ESCENA III

DICHOS; DON JUAN, DOÑA MONSA, BONALD y dos Ordenanzas, por la derecha.

MONSA. (Acudiendo á Magín). ¡Pobrecito Magín!... Ya puedes entrarle aquí. (Por la derecha).

JUAN. ¿Hay sitio?

BONALD. El que han dejado los dos que acaban de morir.

MONSA. Ven... vamos. (Ayudando á transportar á Magín). Para éste y otros de preferencia se traerán nuestras camas.

BONALD. (Que á ido hacia el fondo). Mi General, vienen más heridos...

JUAN. A San Roque.

BONALD. Mi General, no hay sitio.

JUAN. (A gritos, con humor endiablado). Pues pídaselo usted al demonio. (Vase Bonald por el foro. Don Juan se pasea por la escena muy agitado).

MAGIN. (Conducido al hospital en brazos de Ordenanzas). Bonaire amigo, no me abandones.

BONAIRE. Contigo voy. (Le llevan por la derecha, Bonaire cogiéndole la mano, doña Monsa le acompaña hasta la puerta, y vuelve luego hacia su hijo, mostrando inquietud).

ESCENA IV

DOÑA MONSA y DON JUAN, que, impaciente, tan pronto recorre la escena como se pára ante la puerta de la izquierda y aplica el oído á ella.

MONSA. Pero qué, ¿te quedas aquí?

JUAN. (Muy displicente). Sí.

MONSA. ¿Buscas á alguien?

JUAN. Sí. (Párase ante la puerta, y la empuja á ver si está abierta).

MONSA. ¿Esperas que salga?

JUAN. O que entre... (Va hacia el fondo, mira y vuelve).

MONSA. Pero ¿no quedamos en que irías á despachar á casa? Te esperan los secretarios de Guerra y Hacienda.

JUAN. Sí... pero ya no voy.

MONSA. ¿Temes que Mina, con los refuerzos que ha recibido, ponga en un aprieto á la Regencia?

JUAN. Sí.

MONSA. (Remedándole). «Sí, no...» Lacónico estás. ¿Te inquieta el número exorbitante de heridos?

JUAN. No; los heridos ó se curan ó se mueren. Dios cuida de ellos.

MONSA. ¡Ay! Y de nosotros, ¿qué hará Dios?

JUAN. Lo que le dé la gana.

MONSA. ¡Vaya un humorcito!... (Deteniéndole y abrazándole). Ven acá... Hablame con franqueza. ¿Es que ya no tienes fe en la causa?

JUAN. En la causa sí.

MONSA. ¿Y en el valor, en la constancia de los leales?

JUAN. De nada vale la lealtad cuando la corrompe la traición.

MONSA. ¿Traición has dicho?... Hijo mío, ¿sospechas de alguno?

JUAN. Sí.

MONSA. ¿De quién?

JUAN. (Enérgicamente, señalando al cuarto de Berenguer). De ese.

MONSA. ¿Quién vive ahí?

JUAN. Berenguer.

MONSA. ¿Y sospechas también de San Valerio y de Fabricio?

JUAN. No; son honrados. Por mis espías sé que vigilan á su compañero.

MONSA. Pero ¿fundas tu sospecha en algo real?

JUAN. En nada real la fundo... (Recordando). ¡Ah! Sí... En los asaltos con que solemos entretenernos oculta su destreza, y se reserva los hábiles golpes que, sin duda, sabe.

MONSA. Eres un niño. En algo más te fundarás para acusarle.

JUAN. (Con alarde de franqueza ruda). Pues bien; le acuso porque le detesto... Ya ves; te descubro mi alma toda entera.

MONSA. Toda no... Descubre más... Le detestas porque estás celoso.

JUAN. Sí, madre... ¡Celoso! Me declaro culpable de esa ridiculez.

MONSA. Tus celos podrán ser infundados...

JUAN. No lo son. (Furioso). Madre, no me contradiga usted, no defienda á quien me mata, á quien me crucifica.

MONSA. ¡Dios mío, qué carácter!

JUAN. Sí... Soy terrible... Así me hizo Dios; así me trajo usted al mundo.

MONSA. Sosiégate... Reflexiona... Digas lo que quieras, yo dudo que Susana...

JUAN. No dudes... Es mala, mala.

MONSA. Pero ¿qué ha hecho, Dios mío?

JUAN. Olvida su decoro y el de la familia.

MONSA. Mira lo que dices. Quizás algún coquetismo inocente...

JUAN. ¡Coquetismo inocente sus entrevistas secretas con Berenguer!

MONSA. ¿Dónde?

JUAN. Aquí... En la muralla... no sé. Sus visitas á los hospitales, tanto ir y venir so color de cuidar heridos, no son más que el disimulo de su liviandad.

MONSA. ¡Ofuscación! Los celos te ciegan.

JUAN. No me ciegan, me iluminan. Son como la fe.

MONSA. ¡Oh, qué delirio!

JUAN. ✡ A la luz de mis odios veo las honduras negras del alma de Berenguer. Ese hombre no es lo que parece. Es la serpiente criada en la podredumbre de las logias, y que, arrastrándose, viene hasta nosotros y nos acecha para matarnos, no con su fuerza, sino con su veneno.

MONSA. Hijo del alma, me aterras. ✡

JUAN. (Con amargura rencorosa). Vivimos en pleno terror. España es una jaula de locos delirantes. Las ideas no son ya ideas, sino furores. Luchamos ellos y nosotros, no por vencer al contrario, ni aun para someterlo, sino para destruirlo. Por mi parte, exterminaré y arrasaré cuanto se me ponga por delante... No hay remedio; los desprecios de una mujer son nubes tempestuosas que en alguna parte y de algún modo han de causar estragos.

MONSA. ✡ ¿Qué haría yo para librarte de esa horrible aprensión? (Con una idea feliz). Hijo mío, sea ó no culpable Berenguer, mándale hoy mismo á la facción del Trapense, que es la que opera más lejos.

JUAN. ¡Y se iría riéndose de mí!... No, madre. Podría su doblez ser más perniciosa en otra parte. (Con saña). No; aquí vino con las artes de Judas, fingiéndose amigo para herirnos, para deshonrarnos... Pues aquí se queda, aquí.

ESCENA V

DICHOS; DOÑA SATURNA y BERENGUER, por el foro; al fin de la escena, CASTELL y BONALD

BERENG. (Viendo á doña Monsa al entrar). Aquí está, señora.

SATURNA. Gracias á Dios que te encuentro.

MONSA. Pero ¿qué es de ti?

SATURNA. Buscándote por todas partes. Gracias al señor de Berenguer, cuya finura y amabilidad merecen mi reconocimiento (Se hacen ambos una reverencia), he podido franquear ese laberinto de patios llenos de pertrechos, y tantos baluartes y galerías.

MONSA. Pero ¿no ibas con San Valerio?

SATURNA. Sí. Por cierto que rectifico la opinión que de la cortesía de ese sujeto había formado.

JUAN. Pues ¿qué ha ocurrido?

SATURNA. Figúrense ustedes... Acompañóme á casa, y al llegar allá, no hacía más que correr de sala en sala... Es inteligente, eso sí, en cuadros, tapices y bargueños. Pues señor, concluyo mi tarea; hago desarmar las camas; dispongo lo que ha de ser llevado á San Roque y aquí, y cuando quiero salir, busco á mi caballero *servente,* y no le encuentro por parte alguna.

MONSA. ¿Voló?

BERENG. Sin duda exigencias del servicio...

SATURNA. No hay servicio que deba anteponerse á las atenciones que merecen las damas... Y lo más extraño es que se quedó con mi ridículo.

JUAN. Ya parecerán el ridículo y el hombre.

SATURNA. Sí, sí; disculpáis la descortesía, la falta de buenas maneras, sin reparar que esa es la verdadera causa de que se entronicen las revoluciones. Ya no hay caballeros... Ved como sube y nos ahoga la desvergüenza popular.

JUAN. Sin duda.

SATURNA. Pero en fin, ya estoy aquí, gracias á la amabilidad de este señor, que se ha dignado acompañarme.

JUAN. (Displicente). ¿Y qué hacía en aquella parte de la ciudad el señor de Berenguer?

BERENG. Iba en busca de vuecencia para permitirme hacerle una petición.

JUAN. ¡Qué casualidad! Yo vine aquí en busca de usted con deseos de hablarle.

BERENG. A las órdenes de vuecencia.

SATURNA. (A doña Monsa). Tú dirás si vamos á San Roque.

MONSA. Iremos, sí.

SATURNA. He mandado á Susana que cuide con sus amigas de vigilar el servicio en el hospital de oficiales.

JUAN. (Vivamente). No hace falta.

MONSA. Vigilaremos nosotras. Y mi parecer es que prohibamos á la niña salir de casa. (Consulta con una mirada á don Juan, el cual lo aprueba. Oyese marcha fusilera con pífanos y tambores. Entran por el foro sucesivamente Castell y Bonald).

SATURNA. La Regencia sale del solemne rosario en Santa María, y se dirige á su palacio...

CASTELL. Mi General, los señores Regentes desean que vuecencia asista á la sesión... Asisten también todos los secretarios del despacho y el prior de Dominicos.

BONALD. Mi General...

JUAN. (Muy displicente). ¿Qué?... ¿qué más?

BONALD. En la Ciudadela esperan á vuecencia las fuerzas que van á salir.

JUAN. (Colérico). Pero ¿tengo yo veinte cuerpos? Al castillo, á la Regencia, al hospital, ¡al demonio!

MONSA. (Procurando apaciguarle). ¡Hijo, por Dios!...

SATURNA. (A doña Monsa). Vámonos ya.

MONSA. Voy. (Aparte á don Juan, aludiendo á Berenguer, que permanece alejado del grupo principal). Haz lo que te dije... Aléjale... Tierra por medio.

JUAN. Ya, ya... ¡Tierra... se pondrá! (Don Juan hace á los Oficiales seña de que se retiren, y se van acompañando á las señoras).

ESCENA VI

DON JUAN y BERENGUER

JUAN. ¿Tenía usted que hablar conmigo?

BERENG. Sí, mi General.

JUAN. Yo también con usted.

BERENG. Pues hable primero vuecencia.

JUAN. No; primero usted.

BERENG. La gerarquía exije...

JUAN. Usted primero. Lo mando.

BERENG. Obedezco. Pues quería suplicar á vuecencia que me destine á las partidas que operan fuera de la plaza.

JUAN. (Con ironía). Desea usted combatir.

BERENG. Sí, mi General.

JUAN. Comprendo y aplaudo su ardimiento. Pero militares de tanta valía, de lealtad tan probada, son más necesarios dentro que fuera de la plaza.

BERENG. Estoy á sus órdenes.

JUAN. Y ahora yo. Señor Berenguer, voy á dar á usted la mejor y más gallarda prueba de confianza. Usted arde en deseos de probar su destreza, su arrojo en defensa de los grandes principios.

BERENG. Es verdad. Los grandes principios, la justicia sobre todos, me trajeron aquí.

JUAN. Ese amor á la justicia invoco yo para asociarle á un trabajo menos brillante, pero más fecundo que las operaciones militares.

BERENG. Vuecencia dirá.

JUAN. Sospecho, mejor dicho, sé que dentro de la plaza hay traidores. Pero no puedo señalarlos... no los conozco.

BERENG. ¿Y qué?

JUAN. Que yo encargo á usted la delicada misión de descubrirlos.

BERENG. Mi General, estimando la confianza, debo decir á vuecencia que no soy espía ni polizonte.

JUAN. ¿Se ofende usted?... Espero que el señor Berenguer lo pensará mejor y comprenderá que cuantos defienden al Rey absoluto están obligados á servirle en aquello que se les encarga.

BERENG. Yo...

JUAN. (Sin dejarle continuar). Permítame usted. A media noche le espero en mi sala de armas con las noticias que haya podido adquirir, y que desde luego aseguro han de ser preciosas. En cuanto me las comunique, celebraremos el descubrimiento con un asalto.

BERENG. Está bien.

JUAN. A florete sin botones, ó á espada española, como usted quiera.

BERENG. Lo que vuecencia guste.

JUAN. Sí; porque de otro modo, la esgrima es juego de chicos, impropio de usted y de mí. ¿No piensa usted lo mismo?

BERENG. Exactamente.

JUAN. Y no digo más.

BERENG. Y es bastante.

JUAN. Hasta la noche, señor de Berenguer.

BERENG. Mi General, hasta la noche. (Vase por el foro).

ESCENA VII

BERENGUER y BONAIRE

BERENG. (Con amargura y desaliento). ¡Ah, tirano rencoroso! Quieres someter mi vida y la tuya al juicio de Dios. No; juicio no. La vida me pesa como una maldición, y te la entrego. Quítamela, y te lo agradeceré.

BONAIRE. (Por el foro derecha, muy asustado y descompuesto). ¡Al campo, al fuego! Quiero una bala, una santa bala que me quite esta vida indecente. (Se pasea muy agitado por la escena).

BERENG. ¿Qué tienes, Bonaire?

BONAIRE. ¿Qué he de tener?... nada, que me voy á la facción ahora mismo en busca de mi salud, que es la muerte.

BERENG. Lo mismo digo de mí. Pero yo no salgo. Aquí encontraré mi remedio. ¿Qué te pasa?

BONAIRE. ¡Que están ahí!

BERENG. ¿Quién?

BONAIRE. ¿Quién ha de ser sino las mismísimas potencias infernales? Mi mujer y mis cuatro suegras; digo, dos. ¡Ay! anoche tuve los primeros barruntos de que vendrían. Me dolían todos los huesos, graznaban las lechuzas, y en el cielo vi unas nubes muy feas en figura de dragones, dromedarios y salamandras. ¡Infeliz de mí! Han llegado hoy, y están en la casa del Marqués de Tremp. Mi mujer es prima de Blasa. Vienen á buscarme... (Llorando). y á pedir á la Regencia que me entreguen á ellas vivo ó muerto. No; vivo de ninguna manera. Les entregarán mi cadáver.

BERENG. Tu ves fantasmas, pobre Bonaire.

BONAIRE. ¡Ah! No son fantasmas, sino demonios reales y monstruos efectivos. Yo no los he visto; pero me lo ha dicho Blasa, que vino á traerme un recado para usted.

BERENG. ¿Qué?

BONAIRE. (Desmemoriado). ¿Qué?... Pues se me ha ido de la cabeza... ¿Qué era, Señor?... Vaya una tontería olvidárseme... ¡Ah! Pues que esta noche vendrá doña Susanita...

BERENG. ¿Es de veras? (Disgustado).

BONAIRE. Sí. Le han mandado que no salga. Pero ella, como es así, se escapará luego con Blasa y vendrá al hospitalito, de donde se dejará caer aquí como al descuido... Conque ya lo sabe, para que la espere...

BERENG. Pues me harás el favor de ir en busca de Blasa y decirle...

BONAIRE. ¡Yo!

BERENG. Sí; que advierta á Susana que no venga. Sé que la vigilan...

BONAIRE. ¡Yo... yo ir allá, yo!... Pero ¿está usted loco? Ni por todo el oro del mundo, ni por una corona imperial voy yo ahora á la casa de Tremp.

BERENG. ¡Qué tonto!...

BONAIRE. Pídame usted que me meta en una cueva de leones hambrientos; pero no me pida que vaya donde sé que están mis verdugos... No, no. Yo me voy al campo, á la facción. Señor Berenguer; vámonos juntos, puesto que ambos nos tenemos por desgraciados. Huyamos de este infierno, y busquemos ante el enemigo la gloria y la dicha del morir.

BERENG. Yo no puedo salir ahora.

BONAIRE. Pues sepa que usted y sus amigotes corren peligro... ¡Pero qué peligro, San Odón de mi alma! Un guerrillero que ya está gozando de Dios, y otro que está gravemente herido, pero que no quiere morirse ni á tiros, saben... vamos, que oyeron hablar á San Valerio y á Fabricio... ¡Ay! Pongámonos en salvo, Berenguer amigo.

BERENG. No... yo no puedo. ✠ ¿Qué temes? Que alguien descubra y delate... Por mí nada me importa ya. La mentira en que vivo llena mi alma de una consternación indecible. Esta máscara infame me quema el rostro. Me la pusieron, me la puse, celebrando un pacto con el infierno, en momentos de obcecación... ¡Ay! hora tremenda, de angustia y pavor... mi madre moribunda, yo amenazado de nuevas persecuciones. Pero ya no más, ya no más. Mi conciencia estalla. No puedo mentir. Prefiero la muerte á la ignominia. Morir, sí, y quédense en manos de Dios todas las venganzas y todas las justicias. ✠

ESCENA VIII

BERENGUER, BONAIRE y SAN VALERIO

VALERIO. (Presuroso por el foro). ¿Estás aquí?... He visto todo el interior de la casa de Tremp, y traigo el plano aquí (En la mente), y en el ridículo de la señora diplomática (Mostrando el ridículo de doña Saturna). dos cartas preciosas...

BERENG. ¿Persistes en llevar adelante tu plan?

VALERIO. Si no nos matan de aquí á la madrugada, el sol de mañana no alumbrará la Regencia de Urgell. (Mirando al Palacio de la Regencia).

BERENG. ¿Has pensado en el riesgo inmenso?...

VALERIO. He pensado todo lo que puede pensar la audacia. Tu frialdad ve los peligros... Mi entusiasmo ardiente no quiere verlos.

BONAIRE. (¡Dios nos asista!)

BERENG. Yo no temo por mí, sino por vosotros.

VALERIO. Yo por nadie temo. Todo está prevenido; imposible retroceder... Muerte y destrucción. Perezca el servilismo. El gran principio que defendemos todo lo santifica. (A Bonaire). Oye... ¿Sabes tú quién podría llevarme un aviso al Coronel Rotten?

BONAIRE. ¿El que manda las avanzadas de Mina?

VALERIO. Sí... y pronto, ahora mismo.

BONAIRE. Pues para esa comisión se necesita al hombre más bravo del mundo.

VALERIO. Tiene que franquear las líneas de la facción de Misas y Romagosa.

BONAIRE. Es preciso ser pájaro, lagarto y león, todo en una pieza. Y de esa casta de fenómenos no existe más que uno en la tierra.

VALERIO. Y eres tú.

BONAIRE. Que á estas cualidades añado la precisión absoluta de tener que salir de la Seo huyendo de las furias que me persiguen. Yo llevo el parte.

VALERIO. Bien: pruébame tu valor y tu sutileza.

ESCENA IX

DICHOS; FABRICIO, por el foro, presuroso y con recelo de ser visto en la calle.

FABRIC. Aquí estoy.

VALERIO. Creí que no llegabas. (Aparte los dos á la izquierda).

FABRIC. Pues no sé... ¿Te parece que ha sido poca tarea? Con

tanto sigilo y tal exceso de precauciones, imposible andar muy deprisa.

VALERIO. Bueno, ¿qué hay?

FABRIC. Decisión, entusiasmo, coraje. Todo prevenido.

VALERIO. ¿No nos faltará alguno en el momento preciso?

FABRIC. Ninguno. Respondo con mi cabeza.

VALERIO. La ocasión que hemos escogido no puede ser más oportuna.

FABRIC. Esta noche no pasa de setenta hombres la guarnición de la plaza. Me lo ha dicho Berenguer.

VALERIO. ¿Sabes que de éste no me fío?

FABRIC. ¿Que no? (Durante este diálogo, Bonaire se ha acercado á Berenguer, y con vivos ademanes le quiere convencer de la necesidad de huir).

VALERIO. Berenguer.

BERENG. ¿Qué mandas?

VALERIO. Se aproxima el instante decisivo. La gloria y la muerte nos contemplan. A ti no pienso confiarte en esta locura... porque locura es de las que conducen á la perdición ó á la victoria... no te señalo, digo, ningún servicio de carácter militar...

BERENG. ¿Pues qué? ¿Qué tengo que hacer?

VALERIO. Ante todo, no habrás olvidado tu compromiso.

BERENG. No puedo olvidar que he venido aquí contratado de revolucionario y conspirador. He jurado fidelidad á vuestra bandera, cuyos lemas son la intriga tenebrosa y la guerra de exterminio.

VALERIO. Vamos al caso. Esta noche tienes entrevista con Susana

BERENG. No sé... No debe venir.

VALERIO. Pero viene. Yo lo sé.

BERENG. Bueno, ¿y qué?

VALERIO. Que en la entrevista que te haga la niña esta noche, has de conseguir de ella...

BERENG. ¿Qué, por Cristo?

VALERIO. Ya te lo dije esta mañana. Que nos traiga... la correspondencia del Rey con los Regentes... que está archivada en la casa de Tremp.

FABRICIO. Figúrate si es pieza de valor. Los poderes que ha dado Fernando á estos caballeros para constituirse... y que nosotros, si triunfamos, presentaremos á las Cortes en testimonio de...

BERENG. (Indignado). Yo no puedo pedir á Susana eso. Semejante infamia es impropia de ella y de mí.

FABRICIO. ¿Ves? No nos sirve...

VALERIO. No es infamia... es un servicio político. La santidad de la idea es el Jordán que todo lo limpia.

BERENG. Me he contratado de revolucionario, de guerrillero, de asesino, si queréis; pero no de ladrón de papeles.

FABRICIO. ¡Qué tontería!

VALERIO. (Colérico). Berenguer, mira lo que dices.

BERENG. Lo he mirado bien.

BONAIRE. (Que ha estado vigilando por el fondo). Ahí está la niña. Viene con Blasa. (Vuelve al foro).

VALERIO. ¡Si es un acto político como otro cualquiera!...

BERENG. No...

BONAIRE. Han entrado en el hospital para hacer que visitan á los heridos. No tardará la niña en aparecerse por ahí...

VALERIO. Vámonos...

BERENG. (Acercándose á la puerta derecha y tratando de ver el hospital). Quizás no pueda pasar aquí... No se atreverá.

VALERIO. Hay que vigilar á este hombre.

FABRICIO. Yo me encargo... Veré y oiré.

VALERIO. Yo vuelvo al instante. Voy á la muralla. Bonaire, ven.

BONAIRE. A tus órdenes, Gran Maestre. (Vanse San Valerio y Bonaire. Fabricio se va también; pero en distintos momentos de la escena que sigue se le ve aparecer tras el esquinazo de la izquierda, vigilando).

ESCENA X

BERENGUER; luego, SUSANA

BERENG. ¿Vendrá? No sé si lo temo ó lo deseo... (Con desesperación). ¡Dios, Dios, cómo has hecho al hombre, cómo me has hecho á mí! No me conozco, no sé quién soy, pues amo

á esa mujer con el mismo corazón, con la misma alma con que aborrezco su nombre y su raza. ¡Ah!... aquí está.

SUSANA. (Aparece en la puerta y examina inquieta toda la escena antes de avanzar). Berenguer... (Imponiendo silencio). Pst... mucho cuidado esta noche...

BERENG. Cuidado, siempre.

SUSANA. Mi primo, el General Caraculiambro, como tú dices, ha mandado vigilarme... ¿Nos verá alguien, Berenguer?

BERENG. No creo...

SUSANA. Y si nos ven y nos oyen...

BERENG. Pues nada.

SUSANA. Dirán: ¡cuánto se quieren esos!... Verás lo que he tramado para venir aquí. Mis tías están en San Roque. Su orden de no salir de casa se acata, pero no se cumple. Me echo á la calle pensando en que hace mucha falta mi presencia en los hospitales, y decido empezar mi visita por este. Ahí he dejado á Blasa de guardia, para que me avise en cuanto la cara de alguna de mis tías aparezca en el horizonte visible.

BERENG. ¡Ay, Susana! tus mentiras, como inventadas por el amor, son graciosas, inocentes, y no dejan rastro en nuestro espíritu. Otras hay que lo agobian con pesadumbre irresistible...

SUSANA. ¡Tétrico estás!... Berenguer, me causas miedo... Y no puedo menos de relacionar esas tristezas tuyas con algo que... ¿te lo digo?

BERENG. Dímelo.

SUSANA. Mira que es muy grave. Yo no lo he creído, no. No he hecho más que asustarme.

BERENG. Dilo pronto.

SUSANA. Pues sospechan que tú... Mi primo, ese loco sanguinario, es el que lo ha dicho al secretario de Hacienda... á mi tío y al Arzobispo.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Un embuste ridículo... Pues que tú... Sospechan que tú no eres lo que pareces, y que bajo el antifaz que te has